

# Los enfrentamientos sin gesto

GERMÁN REY\*



Si los rostros de la violencia son muchos quizás son más las miradas que provoca y el conjunto de interpretaciones que se arriesgan para tratar de comprenderla.

Se hace desde la historia intentando rastrear los momentos y los matices de su conformación o desde la sociología detectando el carácter de sus actores o la naturaleza de sus relaciones; desde la política mostrando, por ejemplo, el peso que en ella han tenido la debilidad institucional, la precariedad del estado o el debilitamiento permanente de la sociedad civil. Pero también desde los estudios de la cultura se han intentado descifrar los rituales de la muerte introduciendo la mirada del etnógrafo en las lógicas de la devastación o en las influencias que han tenido los códigos religiosos o las formas de cohesión social en los ejercicios informales o sistemáticos de la crueldad. Inclusive desde la ética se han subrayado las condiciones civiles que son necesarias para la construcción de un consenso que para algunos nace del miedo a la destrucción y para otros de las retribuciones que trae al grupo llevar adelante un acuerdo social.

---

\* Psicólogo de la Universidad Nacional de Colombia con estudios en Madrid. Profesor de Posgrado de Comunicación y Cultura de la Pontificia Universidad Javeriana y del Centro de Estudios de Periodismo de la Universidad de los Andes. Trabaja en la Fundación Social.

La comunicación, entre tanto, también ha ido elaborando su propia mirada. Una mirada que como observaremos se ha focalizado en ciertos temas, le ha dado mayor prioridad a algunas formas de aproximación teórica y a particulares estrategias metodológicas, ha buscado acercarse a la tradición de análisis construida por otras ciencias sociales y ha intentado responder a determinadas urgencias o presiones de los actores. Una mirada por lo demás aún muy restringida y parcial y en ocasiones peligrosamente acomodada en lugares comunes. Se podría así extender la afirmación de W. Benjamín, cuando analizando el significado de la crítica a la violencia militar como comienzo de una crítica apasionada en contra de la violencia en general, decía que de todo ello había quedado una cosa clara: «la violencia no se practica ni se tolera ingenuamente». Como tampoco se estudia ingenuamente.

Una historia más contemporánea sobre la construcción de la mirada comunicológica de la violencia en Colombia puede realizarse trazando un límite muy próximo: los estudios de la Comisión de Estudios sobre la Violencia llamada familiarmente de los «violentólogos»<sup>1</sup>, por una parte, y la discusión sobre la presencia de los medios en las situaciones de violencia, por otra.

Si bien los dos momentos se encontraron con una evolución más consistente de las ciencias sociales en el país y además una voluntad de gobierno para aproximar sus indagaciones



al ejercicio de la política —que provenía más de nexos con la retórica y una visión elitista de las denominadas «humanidades» que de las ciencias—, también es obvio que la preocupación por el tema resultaba de presiones sociales y de una agudización de las expresiones de violencia.

En la investigación comunicativa se provenía de una preocupación sobre el papel de los medios de comunicación que si bien presentaban entre ellos rasgos comunes no eran totalmente homogéneos.

En el caso de la prensa, por ejemplo, era más evidente su participación en la vida social, en la distribución del poder, en la tramitación discursiva de las perspectivas de los partidos políticos y claramente en una intervención activa con relación a la violencia. Lo señala de manera muy precisa Luis Alberto Restrepo en el prólogo al libro de Carlos Mario Perea, *Porque la sangre es espíritu* (1996) y más recientemente, en sus análisis sobre la presencia de los medios en el «Proceso 8.000». En el primer texto Restrepo escribe: «Vale anotar que la elección de las fuentes comporta quizá algo más que una mera opción metodológica. Nos muestra indirectamente el peso protagónico de la misma prensa escrita en el desarrollo de la Violencia. De hecho, algunos diarios colombianos no se limitan a tratar de ser un espejo fiel de la vida política: toman claramente partido, seleccionan hechos, personajes y discursos a su arbitrio, les hacen eco y los amplifican, o los distorsionan y acallan, condenan a los adversarios y entonan ditirambos al propio bando. Arman toda una estrategia de diagramación, fotos y titulares a veces más poderosa que un contingente armado. Se puede decir que, tanto o más que los dirigentes mismos, ha sido alguna prensa escrita la que, en los años cuarenta e incluso después, ha exacerbado con frecuencia los ánimos de los

<sup>1</sup> Su informe fue publicado en el libro **Colombia: Violencia y Democracia**. Bogotá: Colciencias-Universidad Nacional, 1987.

colombianos. De esta deplorable función no siempre escapan otros medios hoy<sup>2</sup>. El propio Perea ratifica esta apreciación de Restrepo cuando refiriéndose a la década de los años cuarenta muestra cómo los diarios constituían los órganos de difusión del pensamiento político; «la vida política —escribe— discurría en sus páginas, palmo a palmo, evento tras evento»<sup>3</sup>.

En la televisión el caso es otro, si bien se mantienen algunos de los rasgos del sentido político de la prensa y específicamente de sus nexos con la violencia. Estas diferencias con la prensa, que habría que estudiar con más cuidado, se deberían vincular a la naturaleza propia de la televisión y sus lógicas de funcionamiento audiovisual, a las combinaciones de los géneros donde la información adquiere un perfil particular en el conjunto de la programación, a la complementariedad de los medios, a los sistemas de asignación política de los noticieros, a los fenómenos de «transregulación» que al afianzar la intervención de la empresa privada en la propiedad y dirección de los medios caracteriza de otra manera su papel político en tiempos de ajuste y globalización, al paso de una información doctrinal y militante a una información con rasgos más modernos.

Todo ello unido a los cambios en la sociedad: el carácter persuasor de los medios que era más penetrante a comienzos de siglo y posiblemente incluso hasta mediados se atempera en una sociedad que se vuelve a tientas más moderna, más urbanizada y fragmentada socialmente y relativamente también más plural; las alianzas políticas de los medios se modifican y sus legitimidades se fracturan y se buscan recomponer<sup>4</sup> las presiones sociales sobre ella provienen de otros intereses que tienen que ver más con el orden de las libertades exigidas por los medios y las

regulaciones solicitadas por la comunidad y muy especialmente con el ambiguo papel que se le ha dado a la televisión en la conformación de personalidades violentas, y en los casos más extremos, en la propia generación de la violencia.

Es importante señalar que aunque la gran mayoría de las preocupaciones de la sociedad y del estado han derivado hacia esta perspectiva, no han faltado estudios que como el de Magda Quintero y Ramón Jimeno destacan el papel de la televisión en el estímulo de la violencia para resolver conflictos sociales insistiendo en que «la polarización que los medios de comunicación contribuyen a gestar se efectúa en un terreno simbólico, que es un orden de significación construido particularmente por cada sector de la sociedad»<sup>5</sup>.

La cobertura de la radio, su capacidad informativa y sobre todo la proximidad que logra promover entre los habitantes urbanos y los del campo han hecho de este medio un instrumento importante de intermediación, por ejemplo, entre la insurgencia y el Estado en situaciones críticas sobre todo cuando otros canales se ven complicados o definitivamente rotos.

En el informe de la Comisión de Estudios sobre la Violencia, presentado durante el gobierno Barco los énfasis son más históricos, políticos y sociológicos que culturales o comunicacionales. Al lado de la interesante propuesta de una violencia múltiple y diversa que superaba esa versión compacta y homogénea que inclusive llegó a conocerse en Colombia de manera simbólica como «La Violencia», en una suerte de totalización que fortalecía dramáticamente la contundencia del acontecimiento pero ocultaba la complejidad aportada por su diversidad, se introdujo un concepto que después sería ampliamente criticado, el de «cultura de la violencia», para señalar cómo la violencia no se

<sup>2</sup> RESTREPO, L. A. *Prólogo*. En PEREA, C.M. *Porque la sangre es espíritu*. Santafé de Bogotá: IEPRI-Aguilar, 1996, p.14.

<sup>3</sup> PEREA, Carlos M. *Op. cit.*, p. 26.

<sup>4</sup> Cfr. REY, G. *Visibilidad y corrupción. Los medios de comunicación en el proceso 8.000*. Santafé de Bogotá: Fescol (en preparación), 1996. y REY, G. *Política y comunicación en Colombia. Algunas lecciones en años turbulentos 1991-1996*. En *Revista Contribuciones*. Año XII, No. 2 (50). Buenos Aires: abril-junio 1996.

<sup>5</sup> QUINTERO, M. y Jimeno, R. *Los medios de comunicación y la violencia*. En *Violencia en la región andina. El caso Colombia*. Santafé de Bogotá: Cinep, 1994, p. 17.

podía reducir a hechos sino que su relevancia social está en la penetración lograda en las actitudes, en los sistemas de valoración, en los imaginarios y memorias sociales y en general en los itinerarios por donde se crean y circulan los sentidos. Pero también la Comisión insinuó la importancia que en las violencias tiene el funcionamiento de los medios de comunicación y su relación con los procesos de socialización de los miembros de la sociedad. Ambos temas si bien fueron enunciados no se ampliaron suficientemente.

Es verdad entonces que el concepto de cultura de la violencia, con todas sus limitaciones y sesgos, permitía señalar de manera muy provisional y frágil tanto las determinaciones culturales de las violencias como la composición de sus manifestaciones y que el concepto de socialización abría una puerta al encuentro entre el tema y la investigación en comunicación.

Desde hacia unos años los estudios de comunicación en América Latina habían asumido muy fuertemente el resaltamiento y la indagación sobre los vínculos entre comunicación y cultura alrededor de problemas como las identidades culturales, los mimetismos y apropiaciones de la modernidad por parte del Estado o de los diferentes sectores de la sociedad, las conexiones entre culturas masivas y culturas populares, entre otros temas.

Este diálogo entre comunicación y cultura ha sacado a la investigación comunicativa de su encerramiento en los problemas de los medios, por una parte reubicando su significación y por otra abriendo nuevos campos que han tocado el tema de las culturas políticas y redefinido sus encuentros con la propia comunicación que sin duda tienen una importancia decisiva para nuevas entradas al análisis de las violencias. Lo expresó Nelly Richards al escribir que «la política ha depositado tradicionalmente sobre la cultura una mirada contemplativa y fetichista que la sublima en tanto complemento expresivo que transfigura en símbolos las categorías del pensamiento social, pero sin el protagonismo suficiente para interferir críticamente con sus leyes de inteligibilidad. Renovar la perspectiva y entrar a valorizar tal protagonismo implica la capacidad que tiene la cultura de transformar y rearticular las determinantes histórico-socia-

les mediante contra-réplicas que exacerbaban las asimetrías, desfases y contradicciones»<sup>6</sup>.

En el caso colombiano, los trabajos de Jesús Martín Barbero no sólo han resaltado la naturaleza comunicativa de las culturas, sino que han renovado nuestra comprensión sobre las conexiones entre la comunicación y la modernización, la comunicación y las transformaciones de las narrativas del mercado, la globalización y la fragmentación social, la comunicación y la historicidad de otras muchas formas de vida. En alguno de sus textos ha contrastado a los medios con los miedos, a las seducciones de sus lenguajes con las expulsiones de la calle y la disolución de las posibilidades sociales de encuentro con lo que ha sacado la discusión violencia-medios del territorio reducido de los efectos y las persuasiones (tan reiterativo como lo veremos en los estudios comunicativos) para llevarlo al de los comportamientos sociales y los dinamismos culturales. En *Comunicación y ciudad: entre medios y miedos* (1991), iniciaba su análisis recordando que «para pensar los procesos urbanos, hoy en Colombia, como procesos de comunicación, necesitamos pensar cómo los medios se han ido convirtiendo en parte del tejido constitutivo de lo urbano, pero también cómo los miedos han entrado últimamente a formar parte constitutiva de los nuevos procesos de comunicación. Se plantea, entonces, la necesidad de enfrentar de entrada dos prejuicios igualmente tenaces: uno que proviene del campo de los estudiosos de la comunicación, y otro que proviene de los expertos en violencias y miedos»<sup>7</sup>.

Con contadas excepciones que mencionaremos más adelante, los estudios propiamente comunicativos de la violencia en Colombia han sucumbido en aguas menos fértiles mientras que es posible encontrar valiosas referencias a las

<sup>6</sup> RICHARDS, N. *Cultura, política y democracia*. En *Revista de crítica cultural*. Santiago de Chile: No. 5, Año 3, julio de 1992, p. 6.

<sup>7</sup> MARTÍN BARBERO, J. *Comunicación y ciudad: entre medios y miedos*. En *Pretextos*. Cali: Universidad del Valle, 1995. p. 79. Ver también: MARTÍN BARBERO, J. *Violencias Televisadas*. En *Hojas Universitarias*. Fundación Universidad Central, Vol. IV, No. 33, Bogotá, 1989.

tramas simbólicas, la constitución de imaginarios y el intercambio de mundos de sentido involucrados en la violencia en trabajos como los de Carlos Miguel Ortiz, Gonzalo Sánchez, María Victoria Uribe, Fernán González, Alonso Salazar, Elsa Blair, entre otros. En *Tradición y modernidad en la política colombiana* (1994), Fernán González enuncia tres dimensiones complementarias que articulan sus estudios sobre la violencia: el seguimiento de los procesos de poblamiento e integración interna, el seguimiento de los procesos de cohesión social y de socialización política y el análisis de imaginarios colectivos de identidad y pertenencia en los diferentes niveles y de los sistemas de valores desde los cuales se perciben, analizan y juzgan los acontecimientos y conflictos de nuestra sociedad.<sup>8</sup>

Los estudios de Fabio López de la Roche (1994) y de Carlos Mario Perea (1996) ofrecen, además de líneas sugerentes de análisis, importantes perspectivas de desarrollo al inscribir su reflexiones en el horizonte de la cultura, la creación de representaciones e imaginarios sociales y en fin, en los procesos de producción y apropiación de sentidos.

En su libro *Izquierdas y cultura política* (1994), López de la Roche manifiesta explícitamente su interés por conocer el tipo de cultura «de formación familiar y escolar, procesos colectivos de socialización y relaciones con el conocimiento humano y con la realidad nacional detrás de las formas de ser de los políticos de izquierda», y «la similitud entre la beligerancia discursiva y la

intransigencia antibipartidista y anti-eclesiástica de las izquierdas y la intolerancia anticomunista y antiizquierdista y el espíritu de cruzada presentes en el discurso bipartidista y eclesiástico oficial.<sup>9</sup>

Este acercamiento en donde lo simbólico y el rastreo de las pistas de la constitución de los discursos se hace presente en la investigación sobre la violencia, encontrando cercanía con la semiología y la lingüística, las comprensiones de la cultura y la comunicación es aún mas palpable e interesante en la citada obra de Perea. Desde la introducción el autor deja clara la orientación de su análisis que «no pretende dibujar los actores protagonistas de la violencia; no aspira a encontrar los vínculos entre economía y actos de muerte; menos aún busca reconstruir los hechos que configuran el derramamiento de sangre. La tentativa es más bien, la de comprender los nexos entre símbolo y política de cara al sistemático ejercicio de eliminación del otro»<sup>10</sup>.

Señalando una distinción frente a la historiografía tradicional Perea introduce, de manera muy lúcida y documentada, el análisis del discurso como intercambio de sentido, la mirada de la cultura desde el concepto de redes de significaciones de Geertz, develando mimesis, señalando significados compartidos por los actores políticos de la violencia, revelando códigos imaginarios en acción.

«Una noción menos expectante y heroica de la política —dice— apunta a entrelazar el poder, menos con los esfuer-



<sup>8</sup> GONZÁLEZ, F. *En Violencia en la región andina*. Santafé de Bogotá: Cinep, 1994, p. 57.

<sup>9</sup> LÓPEZ de la Roche, F. *Izquierdas y cultura política*. Santafé de Bogotá: Cinep, 1994, p. 20.

<sup>10</sup> PEREA, Carlos M. *Op.Cit.* p. 17.

zos racionales de los actores, y más con los mundos de vida desde los que los miembros de un grupo construyen sus sentidos e identidades; a la vez, una comprensión menos estetizante de la cultura liga los universos de sentido, menos a una visión costumbrista y folclorizante, y más a los caminos mediante los cuales los grupos sociales luchan por crear y mantener sus lugares en el dominio de lo público.<sup>11</sup>

Una perspectiva como esta dibuja, sin duda, posibilidades nuevas de aproximación al estudio histórico y específicamente de la violencia que resulta familiar con las orientaciones que han tomado las investigaciones que bordean las conexiones entre cultura y comunicación, política y significaciones.

El concepto de socialización, con un fuerte arraigo en la tradición sociológica y psicológica, ha sido también uno de los puntos de contacto entre la mirada comunicológica y la violencia. Una revisión de la literatura sobre el tema muestra que en la propia historia del concepto y de su elaboración se ha dado la misma dicotomía que parece atenazar a las relaciones violencia-comunicación, restringiendo sus posibilidades de proyección, y sobre todo el ingreso sugestivo a su complejidad. Por una parte está la comprensión de la socialización desde la perspectiva del modelamiento, de la internalización más o menos activa de actitudes, percepciones, valores que se lleva a cabo a partir de la imitación o identificación con figuras modélicas; por otra se resalta el sentido mediacional, interactivo y constructivo de toda socialización y no solamente de la secundaria. Este sentido activo se expresa en la idea de Rorty de que «sólo existe la transformación de un animal en un ser humano a través de un proceso de socialización, seguido (con suerte) por la autoindividualización y autocreación de ese ser humano mediante su rebelión posterior contra ese mismo proceso».<sup>12</sup>

Son evidentes las conexiones entre las versiones de la cultura como conjunto de textos y la comunicación como paso de información con la primera perspectiva y la cultura como construcción simbólica y la comunicación como intercambio creativo de sentidos y significados sociales con la segunda.

No es difícil encontrar en los estudios comunicativos de la violencia la persistencia de la dicotomía. Ahí están un conjunto de trabajos en que prevalece una visión apocalíptica de los medios, una clara adscripción de la violencia a su acción predominante sobre unos sujetos más o menos minusválidos deóntica y epistémicamente —para utilizar una dura acepción con que Jerome Bruner califica a ciertas tendencias educativas— o al impacto de unos efectos que en algunos casos son tan terribles como inmediatos y en otros tan presentes como retardados temporalmente.

Esta visión que Eco llamaría hace años «apocalíptica» parece que tampoco es extraña a las propias investigaciones sobre la violencia, tal como lo explica Fernán González en sus *Reflexiones generales sobre la violencia y la paz en Colombia* (1995) en donde, al defender la necesidad de una cierta mirada «extraterrestre» sobre la violencia, escribe que ella «supone la superación de los enfoques maniqueos y complotistas, de uno u de otro lado que tienen previamente identificados a los malos y a los buenos dentro de una interpretación estática y moralista de los sucesos, que lee los hechos violentos de manera totalizante e indiferenciada».

Estos enfoques conciben la violencia como producto intencionado de un plan maligno, pensado y llevado a cabo por agentes casi demoníacos, a veces obedeciendo a consignas de una oscura conjura de origen internacional. Y omiten toda consideración sobre el contexto social, económico, cultural y político donde se enmarcan los fenómenos violentos, lo mismo que cualquier acercamiento a la lógica interna y subjetiva de los sujetos implicados en ellos. Además se niegan a una lectura desagregada y diferenciada de los hechos violentos, que se opongan a su percepción apocalíptica de la Violencia

<sup>11</sup> PEREA, Carlos M. Op.Cit, p. 18.

<sup>12</sup> RORTY, R. *Educación sin dogma*. En *Facetas*. Washington, No. 88, 2. 190, p. 45.

omnipresente como producto del caos total de la sociedad, que sólo puede remediarse con salidas autoritarias<sup>13</sup>.

Es una reflexión patéticamente semejante a la que se hace sobre las visiones apocalípticas en el estudio del impacto de los medios de comunicación y que un autor como H. Gardner, que estudia juiciosamente los procesos cognitivos y de funcionamiento de la mente, calificaba irónicamente como tradición investigativa sin salida y abrumada por sus propios prejuicios y sus fáciles comprobaciones. Que cuenta, por lo demás, con la generosa efusividad de los políticos y de amplios sectores de la comunidad.

Este tipo de estudios, que no están lejos de requisitorias moralistas, piensan a los medios como generadores de violencia, como instrumentos sociales de su difusión y como aparatos efectivos para su interiorización. Generalmente encerrados en una visión circular de la comunicación tienen pocas conexiones con las complejidades sociales a las que suelen reducir como un mecanismo histriónico de resaltamiento de sus conclusiones que cuentan casi siempre con un eco público favorable y entusiasmado. Y es que esta perspectiva no sólo actúa en un sector de las investigaciones sobre el tema sino que pertenece a campos muy sensibles de la opinión pública que dirigen hacia allí sus intuiciones críticas sobre los medios hasta el extremo de poner sobre sus hombros el peso causal de la violencia.

Lo que he llamado visión circular de los estudios comunicativos de la violencia en Colombia comprende aquellos trabajos en buena medida enmarcados dentro de la tradición de la *mass communication research* y en general de la teoría de los efectos. Mirándose desde dentro del propio proceso comunicativo tratan de justificar las supuestas influencias sobre el comportamiento violento, especialmente de niños y de jóvenes. El panorama va desde quienes encuentran de manera incontrovertible y definitiva co-

nexiones directas entre violencia y medios hasta aquellos que proponen otros factores que densifican y complejizan la relación sin renunciar finalmente a un examen de las influencias; todas ellas representan una cierta mirada inmanente, demasiado centrada en sí misma.

El Informe de la Comisión de estudios sobre la relación entre Violencia y televisión presentado meses después del informe de los violentólogos y promovido también por Fernando Cepeda Ulloa, en ese entonces Ministro de Comunicaciones, ejemplifica las tensiones entre la visión circular y los enfoques más interactivos de la comunicación.

Mientras que en algunos de los ensayos se sostiene la influencia unilateral de los medios asignándoles un poder determinante, en otros como en el de Patricia Anzola y Hernando Martínez Pardo se parte de un



<sup>13</sup> GONZÁLEZ, F. En *Nómadas*. Santafé de Bogotá: Fundación Universidad Central, No. 2, marzo de 1995, p. 46.

análisis cualitativo de casos para insistir en la actividad de la recepción y poner en cuestión las influencias unilaterales<sup>14</sup>.

La visión circular de los estudios comunicativos sobre la violencia es paradójica y en cierta medida se devuelve críticamente sobre los enfoques instrumentalistas de la comunicación. Esta paradoja tiene varias caras. Una muestra que mientras algunos estudios toman el camino de cerrarse en sí mismos lastrando las conexiones entre política y comunicación, por ejemplo, son los estudiosos de la historia, la sociología y la política los que vuelven sus ojos sobre las claves que pueden aportar dimensiones conceptuales como las de imaginarios, memorias, cartografías, representaciones, símbolos.

Mientras algunos trabajos comunicativos insisten en callejones sin salida, otros científicos sociales arriesgan análisis cercanos a la cultura identificada con el sentido o con el «exceso» del que ha hablado Marc Augé (1996). En efecto, como lo señala el antropólogo francés «lo que el etnólogo descubre en una primera mirada, no son culturas sino sociedades, es decir, conjuntos organizados y jerarquizados en los que las nociones de diferencia y de alteridad tienen un sentido. Se impone con rapidez el sentimiento — continúa— de que quien quiera hacer antropología primero tienen que contar con la antropología de los otros, pero en principio no percibe más que la forma instituida de dicha antropología, que se puede explicar en términos jurídicos y políticos. En primer lugar, percibe antes que nada la diferencia social<sup>15</sup>.

Para quienes hacen historia de la violencia la institucionalización de esa antropología de que habla Augé se halla frecuentemente inscrita en la palabra que recuerda, en

los archivos que se consultan o en los textos que se recomponen y descifran. En los análisis se suele acudir con frecuencia a los textos escritos y entre ellos, a la prensa escrita. Sin duda que de este mundo textual, que sirve de materia de análisis y contrastación, formarán muy rápidamente parte la ficción, las narrativas audiovisuales y otras signicas que van desde las transformaciones de la moda o de las maneras de hablar hasta la apropiación del rock y del rap por bandas barriales y grupos de jóvenes.

Expresado en otras palabras: buena parte de los estudios sobre la violencia en Colombia acuden, a través de diversas metodologías y diferentes énfasis, al periódico no simplemente como material documental sino, como dice Luis Alberto Restrepo, como exhibición indirecta «del peso protagónico de la misma prensa en el desarrollo de la Violencia». Por ello la selección de fuentes es más que una opción metodológica.

Faltarían estudios más «directos» que observen el protagonismo de los medios como actores políticos, las simbiosis entre información y poder, las imbricaciones entre las variaciones en la concepción periodística y las violencias, los énfasis discursivos y las influencias de los medios en la constitución de los imaginarios políticos, por ejemplo, de la exclusión del otro o en su operación de conversión simbólica de los contrincantes en enemigos.

Por el momento estas aproximaciones indirectas aportan elementos muy valiosos para este acercamiento más directo puesto que los periódicos hablan más allá de aquello que enuncian. Un más allá que poco se ha develado en los estudios comunicológicos colombianos.

Esta mirada más «directa» sin embargo no puede agotarse en los medios, lo que sería caer en la misma trampa restrictiva que se critica a lo circular. Tendría que consultar también las condiciones simbólicas y comunicativas de los procesos de poblamiento, la transmutación de las formas de difusión de la tradición, las maneras como circulan los dispositivos de discriminación en la sociedad, la relaciones entre el silenciamiento y la desaparición con los rituales públicos mediante los cuales los actores violentos buscan un

<sup>14</sup> ANZOLA, P. y Hernando Martínez. En *Televisión y violencia* (Comisión de estudios sobre la televisión y la violencia) Santafé de Bogotá: Colciencias, 1988. En el mismo libro aparece de REY, G. *Televisión y procesos de socialización* (Capítulo VI).

<sup>15</sup> AUGÉ, M. *El sentido de los otros*. Barcelona: Paidós, 1996 pp. 18-19.

aleccionamiento moral de la población, los mecanismos de desinformación que operan en la guerra, las conexiones entre terror, memoria y olvido. Porque si antes hubo enfrentamientos con palabras hoy existe en Colombia (lo escribe Luis Alberto Restrepo) un enfrentamiento sin gesto alguno, «se mata a cualquiera porque sí». Una corroboración de aquella idea de Hannah Arendt: «Sólo la violencia es muda». No se trata entonces solamente de una información que habla excesiva o distorsionadamente sino también de una violencia que calla. Y en ambos casos el lenguaje y la comunicación se hallan afectados.

El trabajo de Magda Quintero y Ramón Jimeno (1994) estuvo enmarcado dentro del proyecto que adelantó el Cinep sobre la violencia. En él se adopta un enfoque diferente para observar la posible influencia de los medios de comunicación en la generación de violencia que les permite salirse de las simples relaciones de causa-

lidad: se trata de analizar el tema desde los efectos que la propia violencia ejerce sobre los medios y que corresponde al agenciamiento por parte de estos de los intereses «de uno de los bandos en conflicto en detrimento del otro»<sup>16</sup>.

La hipótesis que sostienen los autores de una inadecuación entre la modernización económico-social y el anacronismo de los medios es parcialmente cierta y debería ser complejizada en el sentido de observar las variaciones que introduce hacia mediados de siglo un medio como la televisión que se movió prácticamente desde el momento de su creación entre tensiones fuertemente modernas (ej. comercialización-cultura, participación privada-orientación pública, masividad-elitismo) y generó interacciones con la comunidad nada pasivas sino por el contrario, progresivamente desmitificadoras.

La exclusión de sectores sociales de la comunicación y la concentración de la propiedad de los medios son otros dos

<sup>16</sup> QUINTERO, M. y Jimeno, R. *Los medios de comunicación y la violencia En Violencia en la región andina Op.Cit.*, p. 200.



factores que los autores introducen en la discusión para demostrar sus consecuencias en la parcialización de la información, el fortalecimiento de mitos informativos, el bloqueo a los procesos de reconocimiento social y la defensa de una institucionalidad afincada en sus propios intereses a la vez que legitimadora de acciones violentas especialmente del estado.

Sin duda que la exclusión y la concentración comunicativas son dos *handicaps* para la promoción de la democracia y que su expansión puede generar contextos eventualmente mas propicios para la intolerancia, la discriminación y la generación de situaciones de violencia. Sin embargo como lo he señalado en otros trabajos<sup>17</sup> los medios de comunicación colombianos, aún con su perfil concentracionario y monopólico han facilitado si no la mediación si una intermediación bizarra, muchas veces distorsionada y confusa pero en algunos casos efectiva para reestablecer lazos entre actores como la insurgencia y la institucionalidad política.

La satanización del otro, el mesianismo que convierte a los medios en «voceros» de la comunidad, la imposibilidad para entender las lógicas en que se mueven los diferentes actores, la minimización del conflicto o su descontextualización, el premio al uso de la fuerza son señalados por los autores como dimensiones de la acción de los medios en sus vinculaciones con la violencia.

El trabajo de Amparo Cadavid (1989) que da pie al análisis de Quintero y Jimeno es uno de los primeros esfuerzos en dejar atrás la visión circular y densificar los vínculos comunicación-violencia con otros rumbos teóricos; por ello profundiza en la incidencia de lo económico y lo político en las operaciones que definen la inserción

de los medios en lógicas profesionales y rutinas productivas, como la censura, la selección de los hechos-noticia y el uso de modelos y patrones para estructurar las noticias. Pero también subrayando la incidencia decisiva que tienen la cultura y la producción de sentido en ellas. Así los medios serán fuente de reconocimiento, de identificación y de contextualización de los individuos<sup>18</sup>.

Partiendo de un balance crítico del juego que la teoría de los efectos, la lectura crítica de los mensajes y la profesionalización ética ha tenido en los estudios comunicológicos de la violencia, Jorge Iván Bonilla (1995) busca encontrar un nuevo escenario en que se haga realmente fructífero el debate y donde las preguntas recuperen su papel provocador. Su aporte su ubica por lo menos en dos ámbitos importantes: el primero, en recuperar para el análisis un conjunto conceptual que reconoce a los medios no como instrumentos sino como mediadores, que no se detiene obsesivamente en los actores sino que pone atención a los procesos, que interroga las lógicas sociales y culturales que subyacen a la construcción del discurso noticioso.

Llevando a cabo deslindes necesarios, Bonilla afianza su propuesta en esas conexiones profundas que existen entre la convivencia y la generación de sentido, entre lo que significa la existencia del otro como diferente y la capacidad de reelaboración de la realidad que tienen los medios. El segundo aporte que hace en *Violencia, medios y comunicación* es sin duda, la tarea metodológica que adelanta para revelar el discurso periodístico reciente sobre la paz. Una tarea que elabora sus procedimientos buscando develar «las es-



<sup>17</sup> REY, G. *Los instrumentos de la levedad*. México: Intermedios, 1992.

<sup>18</sup> CADAVID, A. *Comunicación y violencia: Hacia la construcción de un terreno para el debate* En *Controversia*, No. 1 pp. 153-154, Bogotá: Cinep, 1989. y CADAVID, A. *Para un estudio sobre ara un estudio sobre medios de comunicación y violencia hoy en Colombia*. En *Signo y Pensamiento*, Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, No. 15, 1989.

estructuras mentales y simbólicas que sirven de sustento a la configuración de modos de ver y de pensar frente a situaciones de conflicto, contradicciones sociales, actos de violencia y propuestas de convivencia al interior de una sociedad.<sup>19</sup>

A partir de la delimitación de hechos noticiosos y espacios discursivos el autor avanza su indagación en los terrenos del estilo pero también de los modos de narración, de las estructuras básicas de la información como de las visiones que en ella se manifiestan. De este entrecruce surgen imaginarios del orden, de la unidad y de la salvación así como percepciones precarias de los medios como «las de no percibir el país por fuera de esquematismos que todo lo reducen a la división entre ‘buenos’ y ‘malos’, ‘amigos’ y ‘enemigos’ para explicar lo que nos sucede; como tampoco las de concebir la paz más allá de una simple ecuación de creer que ésta se consigue aislando a los violentos, recobrando el orden, la moral y las buenas costumbres que algún día se perdieron por obra de siniestros personajes, o adhiriéndose a campañas mesiánicas que se proponen acabar con la violencia y reconquistar el reino de la felicidad»<sup>20</sup>.

En algún otro trabajo he insistido en que la discusión más importante sobre las conexiones entre comunicación y violencia en los últimos años en Colombia no ha pasado tanto por la investigación disciplinar como por la definición jurídica y el debate público del tema. Basta evaluar la historia de los incipientes movimientos de presión social sobre los medios, la jurisprudencia producida por la Corte Constitucional ante el ejercicio del derecho de tutela, los alcances de las regulaciones estatales que determinan los límites comunicacionales para la expresión de la insurgencia<sup>21</sup>, el apoyo comunicativo a las políticas de lucha contra

el narcotráfico<sup>22</sup>, las estrategias de desinformación utilizadas por los diversos actores de la guerra<sup>23</sup> o la aparición del tema de la comunicación en recientes condiciones de negociación entre el estado y la guerrilla<sup>24</sup>.

En cierta medida la mirada comunicológica ha estado muy ausente del debate o por lo menos ha participado con una voz muy atenuada.

La jurisprudencia de la Corte, por ejemplo, reúne en una mezcla muy singular el caso particular con la recurrencia al juicio de expertos, la hermenéutica jurídica con las conclusiones prácticas que tienen además efectos inmediatos sobre el funcionamiento comunicacional. Reflexiones sobre la naturaleza de la programación televisiva y sus nexos con el desarrollo libre de la personalidad, las demandas de narcotraficantes que impugnan el manejo informativo de los medios en cuanto atentan contra su honra, la petición de grupos ciudadanos para hacer cumplir el acceso a los medios respaldado por la Constitución, las impugnaciones a la utilización de la identidad de narcotraficantes en la propaganda televisiva estatal han ocasionado además de la discusión comunicativa en el ámbito jurídico, acciones concretas en que se han visto involucrados activamente los medios de comunicación.

<sup>22</sup> Se han provocado controversias con las medidas que han permitido la transmisión por televisión de las recompensas a quienes proporcionen información que lleve a la captura de figuras del narcotráfico y guerrilleros. Inclusive ante esta medida fue promovida una tutela por los familiares de los Rodríguez Orejuela, contra Inravisión.

<sup>23</sup> El manejo informativo a través de comunicados, hechos llamativos, avisos en los periódicos, grabaciones son frecuentes. En el caso del proceso 8.000 este entrecruce de informaciones provenientes de las fuentes más diversas, de filtraciones y puestas en escena mediáticas, han estado a la orden del día produciendo una tensión entre develamiento y confusión, publicidad y distorsión del acontecimiento.

<sup>24</sup> El tema de los medios de comunicación aparecía en la agenda de negociación de los recientes diálogos frustrados entre el Estado y el grupo insurgente Bateman-Cayón. De otro lado, en la reciente negociación colectiva de Telecom (1996) se plantearon asuntos que tienen que ver no sólo con políticas de Telecomunicaciones como las referidas a las licitaciones de larga distancia sino con el debate acerca del paso a la privatización de bienes que maneja el Estado y que son considerados como patrimonio público.

<sup>19</sup> BONILLA, Jorge I. *Violencia, medios y comunicación*, México: Trillas, 1995. p. 83.

<sup>20</sup> BONILLA, Jorge I. *Ibid.*, p. 202.

<sup>21</sup> Casi siempre las medidas de excepción o de conmoción interna han venido unidas a reglamentaciones sobre el manejo noticioso de las opiniones de representantes de los grupos por fuera de ley sean insurgentes, capos del narcotráfico o miembros de las bandas paramilitares.

Un análisis de las lógicas que dirigen las discusiones en estos nuevos escenarios mostraría los contactos entre norma y conocimiento, capacidad política de la comunicación y exigencias públicas de regulación y control. Pero también se podría analizar un discurso que entremezcla comprensiones comunicativas con responsabilidades jurídicas. En varias sentencias de tutela la Corte Constitucional ha delineado el derecho de información, el significado de la función social de los medios, la combinación y prevalencias entre derechos incluyendo por supuesto el de expresión o la naturaleza socializadora de la comunicación.

Además, todas las violencias están acompañadas de su propia ritualización comunicativa en las que el terror manifiesta su variada presencia.

Existen así otros rasgos de la mirada aún poco estudiados y probablemente más ricos en su capacidad de exploración: aquellos que buscan los posibles contactos entre las violencias que vive el país y sus expresiones comunicativas. Se trata de modificar el encuadre que hasta el momento ha sido predominante en la discusión comunicológica de la violencia colombiana: pasar de un adentro restrictivo al entrecruce entre sus dimensiones políticas y sociales y las comunicativas y culturales. Un entrecruce que muy seguramente proveerá elementos para escudriñar de otro modo el propio funcionamiento comunicativo, el adentro.

### Bibliografía

ANZOLA, P. y Hernando Martínez. En **Televisión y violencia** (Comisión de estudios sobre la televisión y la violencia) Santafé de Bogotá: Colciencias, 1988.

AUGÉ, M. **El sentido de los otros**. Barcelona: Paidós, 1996

BONILLA, Jorge I. **Violencia, medios y comunicación**,

México: Trillas, 1995.

CADAVID, A. **Comunicación y violencia: Hacia la construcción de un terreno para el debate**. En **Controversia**, No. 1. Bogotá: Cinep, 1989.

CADAVID, A. **Para un estudio sobre medios de comunicación y violencia hoy en Colombia**. En **Signo y Pensamiento**, Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, No. 15, 1989.

Comisión de estudios sobre la violencia. **Colombia: Violencia y Democracia**. Bogotá: Colciencias-Universidad Nacional, 1987.

GONZÁLEZ, F. En **Nómadas**. Santafé de Bogotá: Fundación Universidad Central, No. 2, marzo de 1995.

GONZÁLEZ, F. En **Violencia en la región andina**. Santafé de Bogotá; Cinep, 1994.

LÓPEZ de la Roche, F. **Izquierdas y cultura política**. Santafé de Bogotá: Cinep, 1994.

MARTÍN BARBERO, J. **Comunicación y ciudad: entre medios y miedos**. En **Pretextos**. Cali: Universidad del Valle, 1995.

MARTÍN BARBERO, J. **Violencias Televisadas**. En **Hojas Universitarias**. Fundación Universidad Central, Vol. IV, No. 33, Bogotá, 1989.

PEREA, C.M. **Porque la sangre es espíritu**. Santafé de Bogotá: IEPRI-Aguilar, 1996

QUINTERO, M. y Jimeno, R. **Los medios de comunicación y la violencia**. En **Violencia en la región andina. El caso Colombia**. Santafé de Bogotá: Cinep, 1994.

REY, G. **Los instrumentos de la levedad**. México: Intermedios, 1992.

REY, G. **Política y comunicación en Colombia. Algunas lecciones en años turbulentos 1991-1996**. En Revista **Contribuciones**. Buenos Aires. Año XII, No. 2 (50), abril-junio, 1996.

REY, G. **Televisión y procesos de socialización**. En Comisión de estudios sobre la televisión y la violencia. **Televisión y violencia**. Santafé de Bogotá: Colciencias, 1988.

REY, G. **Visibilidad y corrupción. Los medios de comunicación en el proceso 8.000**. Santafé de Bogotá: Fescol (en preparación), 1996.

RICHARDS, N. **Cultura, política y democracia**. En **Revista de crítica cultural**. Santiago de Chile: No. 5, Año 3, julio de 1992.

RORTY, R. **Educación sin dogma**. En **Facetas**. Washington, No. 88, 2, 1990.